

PRIMER CONGRESO DE TEORIA SOCIAL

Mesa 37

"Teorías sociales: contemporaneidades latinoamericanas"

La conflictiva relación entre subjetivación e institucionalidad: la subjetividad vulnerada

Dr. Jorge Vergara Estévez

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad
de Chile

vergaraestevez@gmail.com

Los conceptos significativos de la ciencias sociales forman parte de teorías sociales relacionadas específica con su realidad histórica y social. Su comprensión requiere esclarecer el contexto teórico e histórico en que surgieron. Los conceptos y teorías sociales no están *determinados* por dicho contexto, aunque si *condicionados*, es decir, limitados e influidos por estas condiciones. Lechner decía: "Comparto la preocupación por conocer cómo nuestras interpretaciones de la realidad social se encuentran condicionadas por determinadas condiciones de producción. En América Latina se cultiva poco la historia de las ideas y en Chile todavía menos. Tenemos poca conciencia de que nuestra manera de pensar tiene su historia, sus tradiciones, sus encrucijadas" (2004, p. 1).¹

El concepto de subjetividad vulnerada es uno de los conceptos centrales del *Informe de Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. Fue elaborado por un equipo de investigación cuyo teórico principal era Lechner.² Fue financiado por el gobierno del Presidente Frei. Su función era proporcionar información y análisis para las políticas públicas. Esta condición se expresa en su lenguaje y redacción y, sobre todo, en su carácter funcional. Los Informes del Pnud tienen como receptor tanto a los gobiernos como los ciudadanos.

¹ Crawford Macpherson elaboró un notable método hermenéutico para explicitar la historicidad de las teorías políticas, como estructuras teóricas de principios basados en supuestos provenientes de la historia y cultura de su tiempo. Estos supuestos aparecen en argumentaciones secundarias y son condiciones de posibilidad o premisas de los principios explícitos (1970, pp. 225.232).

² Es importante señalar que el Informe fue encargado y financiado por el gobierno chileno de la época del Presidente Frei.

En 1990 se inició el período postautoritario, después que Pinochet perdiera el plebiscito. Esta extraña transición fue posible porque los sectores democráticos aceptaron, con muy pocas modificaciones sustantivas, el sistema político y el orden económico social instaurado por la constitución de 1980 y el sistema legal de la dictadura. Estos establecieron las “modernizaciones” de los ochenta: laboral, minera, educacional, etc. Fue un caso excepcional, en América Latina y España, de continuidad de un sistema económico, jurídico e institucional diseñado por una dictadura. El orden postautoritario se ha basado en el consenso entre las elites conservadoras de la dictadura con las de la Concertación de partidos democráticos de izquierda y el demócrata cristiano. Este consenso se basa en las teorías de la democracia de Schumpeter, Huntington, y sobre todo de Hayek (Vergara, 2015). Se difundió y se convirtió en la normalidad política gracias al discurso de los dirigentes políticos y de los más importantes medios de comunicación conservadores. Los sectores democráticos, especialmente sus elites políticas, fueron persuadidos por la ideología neoliberal y experimentaron una regresión conservadora respecto a sus propias posturas económicas y políticas precedentes. Este proceso fue influido por el contexto internacional de la desaparición del socialismo real, de la derechización de la socialdemocracia y de la democracia cristiana a nivel nacional e internacional, y de la Iglesia Católica.³ En este contexto, los críticos del nuevo sistema en Chile se redujeron a una minoría disidente.

Los principales movimientos sociales de fines del período autoritario fueron cooptados por el gobierno, se debilitaron o se disolvieron. Los gobiernos de la Concertación obtuvieron apoyo mayoritario y generaron un moderado optimismo en la población. Se creía que el alto crecimiento económico de 7% anual durante la década, sumado a las políticas sociales produciría el esperado "chorreo". Se pensaba que disminuirían efectivamente la pobreza y los altos niveles de desigualdad, y que mejorarían las condiciones de vida de la mayoría. La ideología neoliberal había persuadido a parte importante de la sociedad. Veinte años de propaganda habían convencido que el gran objetivo nacional era el crecimiento económico, mediante una modernización privatizadora. Y se irían resolviendo progresivamente los problemas sociales. Las elites de la Concertación elaboraron un discurso “autocomplaciente” como se decía entonces: "Con la concertación, el crecimiento económico ha ido de mano de una mayor equidad social. En Chile se respira un aire de libertad, esfuerzo e innovación que invita a la esperanza y no a la frustración. Los problemas de Chile son los propios de una

³ Tanto las Internacional Socialdemócrata, Demócratacristiana y Liberal así como el Departamento de Estado de Estados Unidos promovieron y apoyaron esta anómala “transición a la democracia”.

sociedad en fuerte proceso de desarrollo. Chile debe sostener con firmeza su actual modelo de desarrollo. Cualquier desviación respecto de los elementos matrices de nuestro esquema de desarrollo tendría un alto costo para el país y abriría compuertas para experimentos populistas (Boeninger y otros, 1997, pp. 9, 11, 14 y 15)".⁴

Se creía que "la modernización" chilena correspondía y formaba parte del proceso universal de la globalización, la que poseía carácter necesario. Estas expectativas se apoyaban en teorías supuestamente científicas: los difundidos mitos de la autorregulación del mercado; de la eficiencia de la empresa privada y la ineficiencia de los organismos públicos; de la necesidad de reducir el Estado y que el aumento del nivel educacional disminuiría a largo plazo los niveles de desigualdad.

Los autores de *Las paradojas de la modernización* participaban parcialmente de estas creencias y "teorías". Al parecer, se basaron en la caracterización de Lechner del proceso de globalización como: "la internacionalización de los mercados, del dinero (crecientemente autónomo de la esfera productiva) y, en especial, el desarrollo tecnológico. Los aspectos mencionados expresan la universalización de la racionalidad técnico-instrumental. Propongo denominar las transformaciones impulsadas por este tipo de racionalidad como modernización, contraponiendo a este proceso a la modernidad en tanto desarrollo de la racionalidad normativa" (1992, p. 13). En consecuencia, sostuvo que América Latina estaba experimentando un "proceso de modernización que va más allá del ámbito económico; se trata de un proceso de *racionalización social* que afecta al conjunto de la sociedad" (1998, p. 2).

El equipo del Pnud creía que el sistema institucional público y privado existente era el adecuado para Chile, ya que "el país está inserto en un proceso global de modernización del cual no puede marginarse" (1998, p. 31). Lechner y el equipo pensaban que esta modernización era la única posible, pues correspondía al desarrollo de la "racionalidad instrumental" y la autonomía de los subsistemas (político, económico, educativo, etc.) de la sociedad moderna. Por tanto, aceptaban acríticamente la concepción weberiana de la sociedad y de la historia. Asimismo, compartían el optimismo prevalente de que la globalización conlleva "oportunidades" para todos o casi todos. Sin embargo, a diferencia de Weber y en

⁴ El referido documento reconocía "una variedad de efectos subjetivos, sentimientos de inseguridad laboral, temor frente a la delincuencia urbana, reclamos de los propios derechos y dignidad, angustia por la pérdida del sentido de comunidad. Estas reacciones se dan en sociedades que han experimentado procesos de cambio tan acelerados como el chileno. Porque Chile ha avanzado, hoy se plantean desafíos nuevos que llaman a la innovación y la autoexigencia, no al pesimismo ni la autocomplacencia" (Boeninger et als, 1997, p. 12)

concordancia con Habermas, creían que esta modernización era incompleta o parcial, porque subordinaba la subjetividad al desarrollo de las instituciones públicas y privadas.

El diagnóstico y las recomendaciones contenidas en el *Informe* no fueron acogidos por el gobierno de la época, por su visión no ortodoxa de la modernización. El gobierno demostró su malestar encargando al ministro Brunner que lo criticara públicamente, y Lechner respondió a las críticas. Posteriormente, se produjo un debate en la Concertación de partidos de gobierno que duró algunos años, entre los llamados “autocomplacientes” y “autoflagelantes”. Los primeros se impusieron desde sus posiciones de poder en el gobierno, en los partidos y los medios de comunicación.

El malestar de la sociedad chilena y la subjetividad vulnerada

"Los miedos son fuerzas peligrosas, Pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana. Pueden producir parálisis. Pueden inducir al sometimiento. Tanto el miedo como la seguridad son un producto social, tienen que ver con la experiencia del orden. Cualquier evento puede transformarse en una amenaza vital cuando no nos sentimos acogidos por un orden social sólido y amigable"

Norbert Lechner (2006)

El *Informe de Desarrollo Humano en Chile 1998* busca superar "dos enfoques" sobre los procesos de modernización que considera unilaterales: "la respuesta tecnocrática" y "el enfoque nostálgico"(1998). "El primero privilegia el proceso de modernización y a las dinámicas de los diversos sistemas funcionales como factor básico del desarrollo social, e intenta explicar desde ahí las experiencia subjetivas de malestar e integración" (Pnud, 1998, p. 29). Asevera que el aumento de la eficiencia producirá "mayor integración al sistema y menos inseguridad" (p. 29), y que "los éxitos económicos" justifican un "enfoque gerencial" de los problemas sociales, según el cual estos se resuelven o minimizan mediante una adecuada gestión. En cambio, la postura nostálgica privilegia la subjetividad y denuncia la pérdida de sentido de la historia, de las tradiciones y la erosión de las identidades sociales y de la sociabilidad, considera que la modernización ha agredido la subjetividad, y no reconoce sus aportes.

El *Informe* tuvo como marco teórico una combinación de dos teorías de diferente origen y nivel que no son fácilmente concordantes. La primera es descriptiva y explicativa y

la segunda es normativa. Por una parte, como se decía, asume una concepción weberiana de la modernización, entendida como "la expansión de del cálculo medios-fines a los diversos campos de la vida social" (Pnud, 1998, p. 17). Por otra, acepta la teoría del Desarrollo Humano del Pnud para el cual "la persona es el sujeto del proceso social. No hay modernidad al margen de la persona, de sus valores y afectos de sus conocimientos y motivaciones, de sus miedos y proyectos. La subjetividad abarca la personalidad individual, pero también sus pautas socioculturales y la sensibilidad cotidiana" (p. 17). Estas teorías se refieren a dos realidades diferentes y tensionadas: la modernización y la subjetivización. Mientras la primera genera diferenciación entre los subsistemas sociales, la segunda tiende a potenciar procesos de integración. El *Informe* demuestra la falta de correspondencia entre el sistema institucional chileno y la subjetividad.

Los resultados del *Informe* demuestran que el sistema institucional chileno no ofrece posibilidades efectivas de disminución o minimización de los riesgos y genera altos niveles de incertidumbre e inseguridad. "Las amenazas de desempleo, las enfermedades, la delincuencia y la falta de previsión tiene un real impacto en la gestión de planes personales y familiares de vida" (Pnud, 1998, p. 15).

En consecuencia, el Índice de Seguridad Humana en la sociedad chilena "tanto objetiva como subjetiva, es baja y está desigualmente distribuida entre los distintos grupos sociales y regiones del país. Lo objetivo, referido a las circunstancias concretas de disposición o no de mecanismos de seguridad, y lo subjetivo, representado por la opinión evaluativa de las personas respecto de su seguridad general" (Pnud, 1998, pp. 18-19). El Índice de Seguridad Humana Objetivo (ISHO) es muy dispar en las distintas regiones del país, y la mitad de ellas no alcanzaba 0,50 en la escala de 0 a 1. El de Seguridad Subjetiva es menor a 0,50 en todas las regiones (Pnud, 1998, pp. 19-20).

En el *Informe* el tema de la subjetividad vulnerada está centrado en la Seguridad Subjetiva, especialmente en el tema de los principales miedos: "el temor al otro, a la exclusión social y al sin sentido. Se trata de tres coordenadas básicas del hecho social: la confianza en los otros, el sentido de pertenencia y las certidumbres que ordenan la vida cotidiana" (Pnud, 1998, p. 21). En la sociedad chilena la desconfianza frente al extraño es altísima. En 1998 era ya de 91,3%, una de las más altas del mundo. Ha continuado subiendo, actualmente es mayor que en la época de la dictadura y excede en mucho la amenaza real que representa el nivel de delincuencia. La hipótesis de los investigadores del *Informe* es que el delincuente representa

"un chivo expiatorio"⁵, lo que expresa el debilitamiento de los vínculos sociales y el sentimiento de comunidad. Esta desconfianza radical está acompañada y potenciada por una imagen muy negativa de los chilenos: el 53% piensa que "las personas no respetan la opinión de los demás"; el 64% que "es difícil que hagan algo por los demás sin esperar nada a cambio" y el 76% cree que "las personas pasan a llevar a los demás con tal de conseguir sus objetivos" (Pnud, 1998, p. 22). Otro aspecto significativo es que la mayoría de la población, el 64%, se considera "desinformado o poco informado" lo que contribuye a su sentimiento de inseguridad (Pnud, 1998, p. 23).

El estudio evalúa la Seguridad Humana en cuatro campos: salud, previsión, trabajo y educación. En todos ellos destaca avances significativos de acuerdo a indicadores objetivos y la opinión de la mayoría de los encuestados que opina que su situación es mejor que la de sus padres. Sin embargo, subjetivamente, se demuestra que "los chilenos se sienten inseguros en cada uno de los campos mencionados. La mayoría de la gente se encuentra insegura de conseguir empleo, y no está convencida que la educación vigente asegure el futuro de sus hijos. Tampoco confía en poder costear una atención médica oportuna y de buena calidad, y teme no tener ingresos suficientes para vivir adecuadamente en la vejez" (Pnud, 1998, p. 24). Más aún el ISHO tiene un marcado componente etario. Alcanza al mayor nivel, 0,54, a los 54 años, y disminuye a la mitad, a 0,28, a los 65 o más (Pnud, 1998, p. 98). El Informe incluye entre los miedos "el temor socioeconómico", aunque aportan pocos datos de encuestas que lo confirman. "En la clase media aparece con más intensidad el temor de la precariedad de las posiciones obtenidas mediante el ascenso laboral, y donde aparece más urgente mantenerse en el sistema productivo. En los sectores pobres, el temor de la inestabilidad se proyecta sobre todo hacia la cuestión de las oportunidades juveniles. En (ambos) sectores el temor vinculado a los efectos "estresantes" de la competencia permanente y las dudas sobre el futuro del modelo de desarrollo" (Pnud, 1998, p. 126).

Otra manifestación de este temor se produce respecto a la previsión privada y el trabajo. El 37% de los encuestados piensa que su futura pensión no permitirá pagar "ni siquiera las necesidades básicas" y el 36 % "solo las necesidades básicas" (Pnud, 1998, p. 172). Sobre el trabajo: el 69% piensa que no tendría "facilidad para encontrar un nuevo trabajo aceptable" y un 82% cree que lo inactivos no tienen "facilidad para incorporarse a un trabajo"(Pnud, 1998, p. 184). A esto se agrega el alto nivel de endeudamiento privado. La

⁵ Los análisis que emplean esa categoría son antiguos. F. Neuman centró en ella su interpretación del antisemitismo en la Alemania Nazi (1968).

mayor parte de los deudores de créditos de casas comerciales, cerca del 80%, corresponden a los ingresos más bajos de los grupos C2, C 3 y D.

El *Informe* demuestra que estos miedos son una de las principales causas del profundo malestar sobre la modernización de la sociedad chilena. De acuerdo a los resultados de estudios posteriores de opinión pública: Latinobarómetro, Cep y Adimark, puede decirse que estos temores, que se ha mantenido desde el 1998 hasta el presente, se basan en una percepción realista del proceso económico. Frente a la pregunta "en relación a cinco años atrás ¿Considera usted que los pobres viven mejor, peor o igual?", el 44% piensa que "igual", el 25,5% "peor" y solo un 30% cree que viven mejor" (Pnud, 1998, p. 49). Esta actitud crítica abarca todo el sistema económico. Cerca del 70% de los encuestados en 1998 consideraba que este era injusto. Esta tendencia de opinión se ha mantenido, puesto que en el 2011 el 58% de la población rechazaba el sistema económico (Latinobarómetro, 2011, p. 35). Chile es el país latinoamericano con menor aprobación al libre mercado, y solo el 6% piensa que la distribución del ingreso es justa (p. 34). Estudios posteriores indican que el 28% de los consultados considera que la situación económica es mala o muy mala y el 50% que es solo regular (Cep, 2013). Estas evaluaciones negativas coinciden con la distribución objetiva del ingreso monetario: el 60% de la población recibe el 24% y el 20% superior casi el triple de este, el 56,7% (Pnud, 1998, p. 50). Esta distribución es una de las peores del mundo. Se mantuvo constante entre 1987 y 1996 y ha experimentado pocas variaciones hasta el 2014. "Es paradójal que el país en el cual el mundo occidental dice que hace mejor su tarea de manejo macroeconómico (Chile) sea el país de la región que menos confianza tenga en la economía de mercado. Las protestas en ese país están mostrando que las bondades del éxito económico no son suficientes para satisfacer las demandas. Qué duda cabe que "el mercado" está en el banquillo de los acusados como uno de los entes asignadores de recursos que está cumpliendo su tarea no satisfactoriamente" (Latinobarómetro, 2011).

Existe una frustración generalizada que surge de la imposibilidad de acceder a los niveles de consumo prometidos por esta modernización. Desde su inicio se implantó un marketing agresivo e intensivo de productos y servicios, empleando todas las formas de publicidad directa, acompañado por la difusión masiva de series televisivas y filmes, casi todas de origen norteamericano. Chile es uno de los países latinoamericanos con mayor gasto publicitario por habitante. Esta ocupa gran parte de los espacios públicos urbanos e incluso los caminos e invade los medios comunicativos. El consumo se ha convertido en una de las

principales fuentes de identidad social frente al vaciamiento de la actividad política y social. Uno de los principales rubros es la compra de aparatos de comunicación (televisores, teléfonos portátiles, computadores, juegos digitales y otros). Gran parte del tiempo libre se dedica a ver televisión. Por tanto, la población accede masivamente a imágenes de la modernidad en los países centrales. Esto contribuye a una “nueva revolución de expectativas”, como decía el economista Fajnzylber. Sin embargo, la curva de compra y uso de instrumentos y de consumo comunicativo crece mucho más que la de los salarios básicos y promedios, y cada vez se separa más. Por ejemplo, actualmente el salario promedio es de solo 700 dólares mensuales.⁶

Después de cuatro décadas de modernización estas expectativas se han realizado muy limitadamente para la gran mayoría. En la sociedad chilena, la modernidad y el crecimiento son como la línea del horizonte que se aleja cuando nos aproximamos a ella. La inversión de tiempo, esfuerzo y esperanza han sido muy altos, por eso las personas se esfuerzan por seguir creyendo en la promesa de una vida moderna e intentan cumplir sus expectativas aumentando su endeudamiento, tratando de acrecentar sus ingresos trabajando más y manteniendo su dedicación absorbente a dichos fines con el consiguiente desgaste.

Desde una perspectiva ascética o aristocratizante, se ha criticado esta actitud como "consumismo", es decir como un defecto moral. Podría pensarse más bien, que es una conducta adaptativa a un estilo de vida permeada por la aculturación estadounidense en la cual el consumo es la actividad más valiosa. Haciendo una paráfrasis de una frase de Marx sobre el dinero y la personalidad, podría decirse que en la sociedad chilena actual: "yo soy lo que consumo, los límites de mi yo son los límites que alcanza mi capacidad de comprar y de exhibir mis bienes; y mi poder y valor reside en mis bienes". El consumo se ha convertido en una suerte de ciudadanía social, "el ciudadano credit-card" (Moulián, 1998). Para los individuos alcanzar los niveles de consumo considerados "normales" en su sector social se ha convertido en una obligación y el que no lo consigue se expone a ser considerado incapaz de ganar el dinero necesario, un *loser*. De ahí se comprende la necesidad de exhibir lo que se posee, o de fingir un nivel de consumo que no se ha podido alcanzar, haciendo marketing de sí mismo. Esta es una de las razones de la proliferación de pequeñas estrategias de engaño:

⁶ Este es la mitad del salario mínimo del trabajo *no calificado* en Estados Unidos. Hay que considerar que los niveles de precio de importantes rubros básicos (alimentación y servicios domiciliarios) son similares.

alto consumo de ropa usada de marca proveniente del Norte; se imprimen tarjetas como representante de firmas estadounidenses inexistentes, etc.

La subjetividad vulnerada se expresa no solo en los referidos miedos, en la frustración respecto a la distribución del crecimiento económico, sino también en una actitud de rechazo y desconfianza frente a las principales instituciones públicas y privadas y hacia el sistema político. Actualmente, las empresas privadas solo tienen un 14 % de aceptación (Cep, 2015). Los diarios 25%, los canales de televisión 23%, y la Iglesia Católica 28 %, la menor de nuestra Región. La situación de los organismos público no es mejor: solo 17 % y los Tribunales de Justicia 11%, uno de los más bajos de América Latina, (Cep, 2015).

El *Informe* demostró que, desde 1998, el sistema político está siendo crecientemente cuestionado -como lo confirmaron los estudios de opinión pública: Adimark Cerc, Cep, Latinobarómetro y otros. Estudios del 2015 señalaron que los municipios alcanzan únicamente el 22%, de aprobación, el Congreso solo un 9%, el más bajo de América Latina, y los partidos políticos 3 %. El 59% de los ciudadanos piensa que la democracia funciona regular y un 17% mal o muy mal, lo que suma un 75% de los ciudadanos (Cep, 2015). Estos resultados están corroborados por la *Auditoría de la democracia*, según la cual el 54% opina que los parlamentarios solo representan a su partido político, pero el 77% piensan que debían representar a todos los chilenos (Cieplan et al., 2012). Consecuentemente, el 48% opina que "no creo que el gobierno le interese lo que opinan personas como yo". Solo un 11% cree que los partidos políticos funcionan bien, y únicamente un 4% está afiliado a alguno (Cieplan, 2012). Asimismo, el 48% no reconoce ninguna identidad política; solo un 15% se declara de derecha y un 21% de izquierda (Cieplan, 2012).

La indudable crisis de representación se manifiesta en la creciente abstención electoral que se expresaba ya en 1998 en el descenso de inscripción electoral de los jóvenes, en la época que regía el absurdo sistema de inscripción voluntaria. Continuó disminuyendo la cantidad de votantes en las elecciones. Hace pocos años se cambió por el sistema de inscripción automática y voto voluntario y se creyó que aumentaría el porcentaje de votantes. En la segunda vuelta presidencial del 2014, donde fue elegida la Presidenta Bachelet, la abstención llegó al 60%, la mayor del período postautoritario y ella fue elegida solo con un 32 % de los votos.

La abstención está ligada al conformismo y a la desesperanza aprendida. Los análisis del Pnud y otras investigaciones, que lamentablemente no se han difundido (suficientemente),

muestran que aunque la mayoría de los chilenos están profundamente desconformes con los procesos de modernización, hasta hace unos años no tenían (muchas) esperanzas de cambio y asumían actitudes como el conformismo, la resignación y la desesperanza. Las encuestas del Pnud, por ejemplo, muestran que el 82,8% piensa que, actualmente, la gente no vive más feliz que en el pasado (Pnud, 1998, p. 53).

La crisis de salud mental en la sociedad chilena

Hay otra dimensión relevante de la subjetividad vulnerada en este sistema institucional y modo de vida que no fue considerado en el *Informe*: sus negativos efectos psicosociales sobre la salud mental de los ciudadanos. Lechner no lo menciona con estas palabras, pero describe individuos psicológicamente alterados: “El peso de la noche no parece haberse dispersado. Tal vez desconfiamos del otro porque tememos el conflicto. El otro representa una amenaza de conflicto. ¿No será el miedo al agresor un miedo a nuestra propia agresividad? Tal vez desconfiamos por sobre todo de nuestras propias capacidades de manejar conflictos” (Lechner, 2002, p. 45).⁷

La situación de la salud mental muestra que se ha producido una crisis de subjetividad personal en la sociedad chilena. Esta se expresa en un conjunto de manifestaciones relacionadas entre sí: (a) el aumento de adicciones; (b) el alto nivel de estrés; (c) el aumento de la ansiedad; (d) el alto nivel de depresión; (e) el crecimiento de la violencia intrafamiliar; (f) la incidencia de las enfermedades psicológicas; (g) el crecimiento de consumo de psicofármacos y (h) la tasa de suicidios.

(a) Las adicciones al tabaco, alcohol y distintas drogas han aumentado en las últimas décadas. La tasa de bebedores excesivos es una de las más altas del mundo, y más de un cuarto de las muertes están asociadas al consumo excesivo. Asimismo, la edad de inicio es muy baja: "Chile es el país del mundo donde el consumo de alcohol y/o marihuana se inicia más precozmente. De hecho las tasa de adicción en niños y adolescentes son de las más altas del mundo" (Paz, 24 de septiembre de 2013).

⁷ En el proceso de elaboración del *Informe de 1998* se solicitó a un psicólogo social un informe sobre salud mental en la sociedad chilena, pues se había pensado incluir el tema. Al parecer los negativos resultados hicieron desistir al equipo de su inclusión.

(b) Las condiciones de vida de las grandes ciudades son inhóspitas, especialmente en Santiago su capital. Esta ciudad tiene unos de los más altos niveles del mundo de contaminación atmosférica y de contaminación acústica. La deficiente locomoción colectiva obliga a emplear más de tres horas diarias en el transporte público para trasladarse al trabajo. El aislamiento, el debilitamiento de los espacios de pertenencia y la no participación en proyectos sociales, las condiciones de trabajo agobiantes disminuyen los recursos de cada trabajador para enfrentar las demandas que le impone este modelo de sociedad. Todo esto genera un alto grado de estrés, que es uno de los mayores problemas laborales. Este se ha convertido en una enfermedad frecuente que afecta a los adultos, pero también crecientemente a los jóvenes.

(c) Se constatan altos grados de ansiedad en gran parte de la población, que se expresa en altos niveles de irritabilidad, preocupación excesiva y trastornos de sueño. La mitad de los chilenos manifiestan algún grado de estrés. La cuarta parte de la población presenta trastornos del sueño.

(d) Estas conductas están relacionadas directamente con estados depresivos. Un estudio de la OMS mostró que Santiago es una de las ciudades del mundo con mayor nivel de depresión. "Chile es el país que tiene la tasa de depresión más alta del mundo. En la última Encuesta Nacional de Salud se logró establecer que 2 de cada 10 chilenos presentaban síntomas depresivos como para provocar algún grado de incapacidad funcional." (Paz, 24 de septiembre de 2013).

Otros especialistas señalan que: "Según la última *Encuesta Nacional de Salud* (2010), la prevalencia de síntomas depresivos aumenta en la medida que disminuye el nivel socioeconómico" (Jiménez y Orchard, 19 de diciembre de 2013). Existe una relación inversamente proporcional entre la tendencia a la depresión y la situación socioeconómica: "Se observa que la sintomatología depresiva es mayor en personas que poseen baja 'seguridad humana', es decir, que se sienten inseguras con respecto a la vejez, la salud, el trabajo y la enfermedad, y en personas que declaran poseer deudas, haber vivido experiencias de maltrato y discriminación en el pasado reciente" (Jiménez y Orchard, 19 de diciembre de 2013).

No hay una relación causal entre un bajo nivel de Seguridad Humana y depresión, pero sí una importante correlación. "Si la depresión se considera una enfermedad moderna, ocasionada por la sensación de insuficiencia frente a demandas crecientes de

individualización, sin duda la desigualdad en los soportes sociales para enfrentar la "gestión de sí" incide en que las personas con menores recursos, capitales o "capacidades" posean mayor sintomatología depresiva." (Jiménez y Orchard, 19 de diciembre de 2013).

(e) La violencia cotidiana asume diversificadas formas de alta incidencia. Existe un creciente grado de violencia intrafamiliar. Ha aumentado contra mujeres y niños, así como las agresiones y violaciones sexuales; un 80% sus víctimas son niños. "En la última encuesta de violencia aplicada por Adimark, 3 de cada 4 niños chilenos, declara que en su casa hay situaciones de violencia física y/o psicológica, y 1 de cada 10 niños chilenos reporta que ha sido víctima de abuso sexual" (Paz, 24 de septiembre de 2013). "Las mujeres encuestadas entre 15 y 59 años que mantienen o han tenido una relación de pareja, el 35,7% plantea haber sido víctima de Violencia Intrafamiliar" (Sernam, 2012, p.19).

La violencia cotidiana se manifiesta de diversas formas: entre los conductores de vehículos, de vecinos, en grupos juveniles y en cualquier espacio y ocasión. También en la violencia policial denunciada ante organismos internacionales. El retorno a la democracia, contrariamente a lo que se creyó, no significó la disminución de la violencia en la sociedad, sino sólo la desaparición de la represión política (Vergara, 2008).

(f) El modo de vida actual produce trastornos en la personalidad de los chilenos. "Uno de cada tres chilenos sufre problemas de salud mental en algún momento de su vida y las enfermedades mentales son la principal causa de pérdida de años de vida saludables, lo que implica un alto costo en términos de productividad." (Jiménez y Orchard, 19 de diciembre de 2013).

(g) Asimismo, se observa un alto consumo de todo tipo de psicofármacos. El consumo de antidepresivos, es uno de los mayores de América latina, ha aumentado en casi 40% entre 1998 y 2004.

(h) Chile tiene una alta tasa de suicidios, casi el doble de la media regional. "En los países latinoamericanos, el promedio es de 10,3 con las excepciones de Uruguay, Cuba y Chile, que tienen tasas similares a los países europeos (26, 19 y 18 respectivamente)" (Radio Cooperativa, 19 de marzo de 2014). Asimismo, hay un creciente aumento en la tasa de suicidios de menores.

En general, se observa una fuerte tendencia a actuar sin considerar a los demás, a no reconocerlos ni respetarlos. Un psicólogo social escribe: "el modo de vida de la modernización neoliberal tiende a "psicopatizar las relaciones humanas". El síntoma central tiene que ver con la violencia social. Asistimos a una creciente falta de respeto de los derechos ajenos y un relajamiento de los deberes interpersonales, asociados a una exacerbación de la satisfacción de deseos" (Gutiérrez, 2000).

Estas tendencias se expresan en la vida cotidiana en conductas de indiferencia, frente a los demás, cuando no de franca insociabilidad. Como se ha señalado la gran mayoría piensa que "Chile es una sociedad cada vez más agresiva", "cada vez es más egoísta", que no es igualitaria socialmente y la mayoría no cree que sea justa (Pnud, 1998, p. 52). Se ha producido "una expansión de los espacios de anomia. Aumenta, al parecer, la percepción de que las normas sociales son inadecuadas para los propios objetivos. Si los otros pueden hacer lo ilegítimo y les va bien, ¿por qué no yo?" (Gutiérrez, 2000, p. 4). La percepción de la opinión pública es concordante: el 76,1% opina que "las personas pasan a llevar con tal de conseguir sus objetivos", y el 68% piensa que "es difícil que hagan algo por los demás sin esperar algo en cambio" (Pnud, 1998, p. 147).

Los negativos efectos psicosociales de la modernización chilena se relacionan con la mencionada aculturación estadounidense de las últimas décadas. Dicha cultura se ha convertido en modelo de vida de la transformación cultural de estas últimas décadas. Las elites nacionales han dirigido, desde hace cuarenta años, un profundo proceso de "norteamericanización cultural", en las pautas de consumo, los hábitos alimenticios, el lenguaje cotidiano, el uso del tiempo libre, en las costumbres, en la formación profesional, en las estrategias de administración, en el culto de la eficiencia en todos los planos, en la cultura política y en muchos otros aspectos. Moncada caracteriza "la americanización de España" (1995a): "La privatización del comportamiento es pensar que la vida hay que disfrutarla en privado; al precio que sea hay que ganar dinero, como el dinero es ahora el valor principal y abstracto, te da igual donde lo ganas; triunfar es ganar dinero; el propósito común es tener éxito. El estilo americano consiste en la endogamia del poder político y económico; el último capítulo de la americanización es la globalización" (Moncada, 1995b, 52-54).

Esta descripción es aplicable, en gran medida, a la sociedad chilena. Estas transformaciones en la sociedad estadounidense culturales han sido objeto de análisis crítico de Erich Fromm, Herbert Marcuse, Rollo May y otros autores. Especialmente significativos,

por su analogía con el caso de Chile, son los estudios de Robert Merton sobre la contradicción entre el intenso deseo de éxito y las normas morales y jurídicas, las cuales son vistas como obstáculos. Esto favorece las conductas de trasgresión (1970).

En síntesis, podría decirse que en Chile, en las últimas décadas, se ha producido una impresionante mutación cultural análoga, en algunos aspectos, a "la gran transformación" de la sociedad europea en el siglo XIX, descrita magistralmente por Balzac y Marx. Darío Páez y otros han mostrado que la sociedad chilena está transitado desde una cultura de carácter comunitario, donde predominaban los valores culturales "femeninos": la solidaridad, la preocupación por los otros, el respeto de las opiniones ajenas, la búsqueda de acuerdos favorables a todos, la justicia social y la minimización de la desigualdad, hacia una cultura individualista, de valores culturales "masculinos" orientada hacia el logro individual medido por "el éxito material, en desmedro de la persona y las relaciones humanas; la competencia y el rendimiento remplazan a la solidaridad, en lo afectivo: la vivencia y la expresión emocional bajan y la gente recibe menos apoyo emocional" (Gutiérrez, 2000).

Las consecuencias de esto se expresan en un paradójico "individualismo" imitativo que tiene como modelo el *american way of life*, descrito por Merton; y también en la precariedad del "nosotros", en los diversos niveles en la sociabilidad interpersonal. Las encuestas muestran: la escasa confianza en recibir ayuda de los demás en situaciones de necesidad o emergencia (41,5%), que desciende al mínimo si se tratara de una agresión (11,7%); y la percepción que no hay facilidad para organizar la gente (63,4%) (Pnud, 1998, p. 142). Predomina una imagen negativa sobre la disposición a respetar las opiniones ajenas, sobre la posibilidad de acciones desinteresadas, respecto a la autorregulación ética, de no pasar a llevar a los demás cuando uno está tratando de realizar sus objetivos.

Pese a su disconformidad con este orden social, las personas siguen actuando de acuerdo a las reglas que establece el sistema institucional, lo que produce una separación creciente entre conductas y normatividad. Se siguen las reglas establecidas por las instituciones, no porque se las considere justas y convenientes para todos, sino porque se calcula que las consecuencias indeseables, los costos de no cumplirlas, son mayores que los beneficios de su trasgresión. Se las obedece por su coercitividad, pues su cumplimiento es visto como un mal menor que su trasgresión, y no porque se las valore por sí mismas, como condiciones de un orden deseable. Cuando disminuye la posibilidad de castigo, las infracciones y trasgresiones aumentan. Esta actitud, es definida por Lechner (1984) como "hegemonía

fáctica". Es un sistema de control de conductas sin consentimiento ni convencimiento, un tipo de condicionamiento. Son nuevas formas de disciplinamiento que no requieren de instituciones cerradas, analizadas por Foucault; se ejercen ubicuamente, a través del espacio fluido y del tiempo, como lo planteó Deleuze (1993).

Esta forma de modernización necesita para desarrollarse de la atomización social, del conformismo y resignación de la mayoría. En los últimos años, especialmente desde el 2011, este orden social ha entrado en crisis porque se ha profundizado la crisis de legitimidad y el descrédito de las principales instituciones, que empezó a manifestarse a fines de los noventa, y que se ha profundizado con el aumento de la abstención de las últimas elecciones y las denuncias sobre corrupción de 2014 y 2015. Paralelamente, al parecer empieza a generarse un conjunto de consensos de cambio social estimulados por la extensión y vitalidad del movimiento ciudadano de los últimos años (Latinobarómetro, 2011). Es previsible, entonces, que se produzcan diversos fenómenos sociales de cambio que pudieran conducir a una progresiva resolución de la crisis o bien, si los conservadores logran evitar o retardar el cambio, a su prolongación como un proceso de decadencia social.

Luces y sombras del concepto de subjetividad vulnerada

Una difundida postura empirista sobre los conceptos de las ciencias sociales los considera "instrumentos" de "una caja de herramientas". La idea de instrumento supone una nítida separación entre una "realidad" independiente y un sujeto. Este opera sobre ella ayudado por un medio para transformarla, de acuerdo a una idea o diseño previo. Así describió Marx el trabajo humano en *El Capital* (1987). El uso de la metáfora de a caja de herramientas, implica una concepción de la actividad intelectual como producción de representaciones; como una "acción instrumental" de generación de discursos mediante los medios más adecuados, para realizar fines predeterminados. La caja de herramientas y los supuestos que contiene es una interpretación primitiva y precrítica, del proceso de elaboración intelectual que, sin embargo, resulta plausible y atractiva por su simplicidad pues, en cierto sentido, es un reflejo de la actividad cotidiana. Conviene recordar que Bachelard decía que la primera intuición es siempre falsa. No obstante, debe señalarse que, parte importante de los discursos políticos e intelectuales más difundidos corresponden o son producciones de representaciones condicionadas o determinadas por las ilusiones, intereses y prejuicios de sus

autores. En este sentido son textos ideológicos, es decir, discursos de justificación o legitimación. Como decía Mannheim, la mayoría de los discursos expresan la visión, preconcepciones e intereses de un grupo.

Sin embargo, los conceptos significativos de las ciencias sociales no son unidades conceptuales aisladas, sino que forman parte de complejas tramas y se articulan en teorías o concepciones. Son parte de un todo y solo pueden ser comprendidos como tales. Se ha mostrado que en el *Informe* y en los artículos de Lechner el concepto de subjetividad vulnerada se refiere a una ausencia de integración; exhibe las disonancias entre los sistemas institucionales y la subjetividad de los ciudadanos; pone de manifiesto que las instituciones se han fetichizado, han adquirido vida propia, independizándose de sus creadores y reinando sobre ellos.

El concepto de subjetividad vulnerada no es una herramienta, sino una interpretación de un conjunto complejo de fenómenos. No solo aspira a comprender la conflictiva relación entre la institucionalidad y la subjetividad, sino que contiene, en cierta medida, una crítica de la subordinación de la segunda a la primera. Pero tal como aparece en el *Informe* y en los libros de Lechner es un concepto insuficientemente crítico. Por eso, se le debe diferenciar de otros conceptos inequívocamente críticos, por ejemplo, el de trabajo enajenado de Marx o el de educación emancipadora de Freire.

Como se dijo, la categoría de subjetividad vulnerada contiene dos aspectos. De una parte, permitiría comprender un conjunto de fenómenos conectados entre sí de vulneración y subordinación de la subjetividad que se producen en la relación entre las subjetividades y el sistema institucional público y privado. De otra parte, es presentado como una realidad de desequilibrio y disonancia que, sin embargo, hace presente la ausencia de armonía e integración como lo postula en concepto de seguridad humana objetiva y subjetiva. Ser y deber ser están separados sin puente ni mediación entre ellos.

El *Informe* rechaza aunque por razones distintas las posturas mencionadas sobre la modernización y su impacto en la subjetividad: la respuesta tecnocrática y la postura nostálgica. Hay una tercera posición que no fue incluida que también cuestiona a ambas, pero que es diferente a la de Lechner y el Pnud. Por una parte, reconoce la pérdida del sentido y de valiosas tradiciones, la agresión a la subjetividad, así como el debilitamiento de las identidades y de la sociabilidad. Por otra, no rechaza la modernidad y sus valores: igualdad,

libertad positiva, autonomía, autodesarrollo y autogobierno, sino que cuestiona que la forma de modernización actualmente vigente en Chile y muchos otros países sea la única posible y propone construir colectivamente otra forma de modernización y de institucionalidad que haga posible un importante grado de realización de los referidos valores de la modernidad.

En consecuencia, puede decirse que debilidad principal del concepto de subjetividad vulnerada de Lechner y del Pnud es que se basa en un supuesto político y social de carácter conservador que dice que el referido sistema institucional es el adecuado para Chile; que este es el resultado de procesos necesarios de racionalización instrumental y de globalización a los cuales debe someterse la sociedad chilena. Por tanto, no establece ninguna relación significativa entre las características específicas de dicho sistema de instituciones y la vulneración de la subjetividad, aunque puede demostrarse que esta relación es relevante.

Una de las instituciones más relevantes de la modernización fue sistema previsional privatizado que se instauró obligatoriamente en Chile en 1982. Toda persona contratada debe cotizar un porcentaje fijo mensual en esas empresas previsionales privadas y debe pagar un porcentaje de su cotización "por gastos de administración". El resultado fue el esperable: se estableció un acuerdo oligopólico entre las empresas que convirtió dicho pago -durante décadas- uno de los más onerosos del mundo. Más aún, este sistema previsional permite a las aseguradoras invertirán en lo que estimen conveniente. La ley dictada por la Junta Militar estableció que un porcentaje de los fondos acumulados debían ser invertidos en acciones de empresas nacionales, con lo cual se creó una demanda artificial que hizo subir su precio, para beneficio de sus dueños. De otra parte, las empresas pueden invertir una parte de esos fondos en los valores internacionales que elijan, en ambos casos sin supervisión pública ni de los afiliados. Si se producen pérdidas, incluso cuantiosas de los fondos individuales de los afiliados, las empresas no tienen ninguna responsabilidad, como sucedió en la crisis del 2008 cuando las pérdidas del sistema fueron de 30.000 millones de dólares. Finalmente, no establece que la pensión debe corresponder a un porcentaje mínimo del sueldo del afiliado, por lo menos del 50% o 60%, como en otros sistemas. Este debe esperar llegar a la edad de jubilar para conocer el monto de su pensión, la que no supera habitualmente, el 30% de su sueldo. Es esperable que los afiliados sientan que están subordinados y perjudicados por las aseguradoras y teman que la pensión de vejez no cubrirá sus gastos básicos.

Podría hacerse un análisis similar respecto al sistema educacional, laboral y de salud. Dichos sistemas y otros están privatizados, en diferentes formas y medidas. Por tanto, no han

sido diseñados o modificados básicamente para realizar fines públicos, para resolver necesidades de los ciudadanos, sino para satisfacer intereses particulares. Podría mostrarse que esto sucede, asimismo, en las políticas de vivienda, en la locomoción colectiva, en los servicios domiciliarios y otros, todos los cuales están orientados, principalmente, al beneficio y crecimiento de las empresas. Ninguno de ellos es autónomo, pues todos están subordinados a la lógica de *un* subsistema social: el del mercado y la rentabilidad.

El problema no sería como propone el Informe de Pnud el de adecuar los referidos sistemas autónomos sociales público y privado a la subjetividad de las personas. Ellos son actualmente funcionales y adecuados no a la sociedad, sino a quienes dirigen o son dueños de esas organizaciones. Como ha señalado Hinkelammert, hay dos conceptos diferentes de utilidad. La de una empresa u organización privada es de carácter particular y habitualmente no corresponde al interés general. Por ejemplo, las carencias e insuficiencias del sistema de salud pública chilena son útiles para las empresas privadas del área que han incrementado notablemente en los últimos años sus clientes y utilidades, pero no lo son para la mayoría de los ciudadanos que no pueden acceder a los servicios privados de salud o si lo hacen debe endeudarse por años.⁸ La segunda forma de utilidad es de carácter general o universal y corresponde a un bien disponible para todos. Conservar la Amazonía es útil no para los que quieren lucrar con ella, pero sí para todos que accedemos a un bien público: el oxígeno que aporta a la atmósfera. Otro ejemplo, un buen servicio público de salud no es útil para la minoría que usa el sistema privado de salud, pero sí para todos los ciudadanos que lo necesiten y no pueden acceder al privado.

El gobierno del presidente Frei que encargó el *Informe* y los gobiernos posteriores, así como las (grandes) empresas se ha desentendido de este. La vulneración de la subjetividad de los ciudadanos se ha ahondado con la profundización de la crisis del sistema político, por el aumento de la abstención y las graves denuncias de corrupción por el financiamiento ilegal de las elecciones y los partidos del 2015. Asimismo, desde el 2011, las manifestaciones del movimiento estudiantil hicieron patente la crisis del sistema educativo. La crisis se extiende también en el ámbito laboral, de salud pública, previsional, de transporte público, del endeudamiento privado y otros aspectos. Sin embargo, son escasas las posibilidades de

⁸ Un economista chileno neoliberal G. Jofré (1988) expresó claramente esta lógica del interés privado. Dijo que si hubiera una buena educación pública, no podría desarrollarse la educación privada (1988). Consecuentemente, los gobiernos postautoritarios abandonaron o permitieron el deterioro de la educación pública y favorecieron la privada mediante diversos subsidios.

disminuir los altos niveles de vulneración de la subjetividad, si no se produce una reforma profunda del sistema institucional público y privado. Es improbable que dicha transformación pudieran realizarla las actuales elites políticas y empresariales. Todo indica que solo un gran movimiento político ciudadano que generara nuevos partidos y movimientos políticos podrían democratizar el sistema institucional y reorientarlo hacia las necesidades y expectativas de los ciudadanos.

En conclusión, podría decirse que el concepto de subjetividad vulnerada contiene un importante potencial crítico. Se requeriría para realizarlo a lo menos dos condiciones. La primera sería enriquecer el concepto incorporando otras formas de vulneración no consideradas en su formulación, especialmente, el de las consecuencias psicosociales y psicológicas que se generan o potencian por la actual forma de vida en Chile, y el análisis de la cultura cotidiana del dinero y de la aculturación estadounidense. La segunda sería analizar el modo en que las características de las instituciones públicas y privadas, por su orientación, potencian o generan las formas de vulneración analizadas. Tercero, es necesario precisar las condiciones que debe cumplir la democratización del sistema institucional.

Referencias bibliográficas

Centro de Estudios Públicos (Cep) (2013). *Estudio nacional de opinión pública, N° 69*. Santiago de Chile: Cep. Recuperado de www.cepchile.cl

Cep (2015), *Estudio nacional de opinión pública, N° 73, abril*. Santiago, Cep. Recuperado de www.cepchile.cl

Cieplan, Libertad y Desarrollo, Pnud et al. (2012). *Auditoría de la democracia. Estudio nacional de opinión pública*. Santiago: Cieplan et al.

Corporación Latinobarómetro (2011). *Informe 2011*. Recuperado de www.infoamerica.org/primer/lb_2011.pdf.

Deleuze, G. (1993). Las sociedades de control. *Ajoblanco, N° 51*, 36-39.

Dewey, J. (2003). *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona: Paidós.

Gutiérrez, P. (2000). *Factores psicológicos y psicosociales del neoliberalismo en Chile*. (Inédito).

Jofré, G. (1988). El sistema de subvenciones: la experiencia chilena. *Estudios Públicos, N° 32*, 193-237.

Jiménez, A. y Orchard, M. (19 de diciembre de 2013). Chile, desigualmente deprimido. *Ciper*. Recuperado de ciperchile.cl/2012/12/19/chile-desigualmente-deprimido/

- Lechner, N. (1984). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: Flacso.
- Lechner, N. (1992). La búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina. *Sociológica* N° 7, 11-29.
- Lechner, N. (1998). Nuestros miedos. *Perfiles Latinoamericanos*, N° 13, 179-198.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Lom.
- Lechner, N. (2004). Última conversación con Norbert Lechner. Las condiciones sociales del trabajo intelectual (Última entrevista). *Cuadernos del Cendes*, 21(55), 103-125.
- Lechner, N. (2006). *Obras escogidas I*, Santiago: Lom.
- Macpherson, C. (1970). *La teoría política del individualismo posesivo de Hobbes a Locke*. Barcelona: Fontanella.
- Marx, K. (1987). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México D.F.: Siglo XXI.
- Merton, R. (1970). *Teoría y estructura social*. México D.F.: F.C.E.
- Mondaca, A. (1995 a). *España americanizada*. Barcelona: Temas de hoy.
- Mondaca, A. (1995b). Estamos americanizados a tope. *Interviú*, N° 1013.
- Moulián, T. (1998). *Chile actual, anatomía de un mito*. Santiago: Lom.
- Neumann, F. (1968). *Estado democrático y el Estado autoritario*. Buenos Aires: Paidós.
- Paz, R. (24 de septiembre de 2013). Chile es un país brutalmente enfermo. *Diario UChile*. Recuperado de <http://radio.uchile.cl/2013/09/24/chile-es-un-pais-brutalmente-enfermo>.
- Pnud (1998). *Desarrollo Humano en Chile - 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago: Pnud.
- Radio Cooperativa (19 de marzo de 2014). Según la OMS, europeos recurren más al suicidio que los americanos. Recuperado de <http://www.cooperativa.cl/noticias/sociedad/salud/segun-la-oms-europeos-recurren-mas-al-suicidio-que-los-americanos/2014-02-15/164126.html>
- Servicio Nacional de la Mujer del Gobierno de Chile (Sernam) (2012). *Plan de prevención de la violencia intrafamiliar en Chile 2012-2013*. Santiago: Sernam.
- Spencer, H. (1953). *El hombre contra el Estado*. Aguilar: Buenos Aires.
- Urrutia M. y Vergara J. A. (2014). Movimientos sociales y cambio de subjetividad política en Chile. En C. Piedrahita, A. Días y P. Vommaro (Eds.), *Acercamientos metodológicos a la subjetivización política: debates latinoamericanos* (pp. 153-170). Bogotá: Universidad Distrital de Caldas y Clacso.
- Vergara, J. A. (2008). La cultura de la violencia en Chile. *Polisemia*, N° 5, 52-62.
- Vergara, J. A. (2014). Hayek y la modernización en Chile (Postfacio). En H. Biagini y D. Fernández, *El neoliberalismo y la ética del más fuerte*. Buenos Aires: Octubre.